

José Antonio González Queiro

# RAZIEL

Y EL DESPERTAR DE LOS SUEÑOS

EDITORIAL LAMPEDUSA

RAZIEL  
Y EL DESPERTAR DE LOS SUEÑOS

José Antonio González Queiro

EDITORIAL LAMPEDUSA





Diseño de portada: Virginia González Mariño

## **RAZIEL Y EL DESPERTAR DE LOS SUEÑOS**

1ª. Edición: Barcelona, 1 de julio de 2015.

**Copyright de la obra:** José Ant. González Queiro

**Copyright de la edición:** Editorial Lampedusa

**Email:** editor@editoriallampedusa.es

**ISBN:** 978-84-606-9861-6

**Depósito Legal:** B-10930-2015

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de la obra, así como su contenido y/o el diseño de portada y contraportada.




*A mi querida esposa Julia, que tuvo que sufrir mis prolongadas ausencias. A mis hijos por su ánimo y aliento, resaltando la estimable ayuda de mi hija Virginia, que puso su conocimiento artístico e intelectual a mi entera disposición. A mis adorables nietos, Samuel y Lucía. A mi buena hermana Pilar, que siempre está a mi lado, y al amigo que nunca me falla.*





## ÍNDICE

PARTE I. LA REVELACIÓN.....	7
Capítulo 1. Universidad Complutense de Madrid.....	9
Capítulo 2. La reunión.....	14
Capítulo 3. Cafetería de la Facultad.....	21
Capítulo 4. Aclarando posturas.....	77
Capítulo 5. Una inesperada sorpresa.....	90
PARTE II. DIEZ AÑOS DESPUÉS.....	107
Capítulo 6. Un inesperado encuentro.....	109
Capítulo 7. Meditaciones.....	114
Capítulo 8. Recordando.....	120
Capítulo 9. La cena.....	125
Capítulo 10. El pasado se hace de nuevo presente.....	133
Capítulo 11. Otra vez todos juntos.....	147
Capítulo 12. El regreso de Raziel.....	153
Capítulo 13. El libro se abre.....	158
Capítulo 14. El Conde de Ulloa.....	161

Capítulo 15. Raziel da a conocer la misión.....	205
Capítulo 16. Comienza la aventura.....	230
Capítulo 17. El libro vuelve a escribir.....	245
Capítulo 18. Nueva presencia de Raziel.....	262
Capítulo 19. El Conde don Alonso de Deza.....	266
Capítulo 20. Recuperación de las sandalias.....	279
Capítulo 21. La triste historia de don Fernán.....	294
Capítulo 22. Luzbel actúa.....	315
Capítulo 23. Raziel aclara.....	321
Capítulo 24. Los siniestros encapuchados.....	332
Capítulo 25. El cingulo.....	341
Capítulo 26. Una noche interminable.....	359
Capítulo 27. En el reino de Luzbel.....	369
Capítulo 28. El recuerdo de un viaje extraordinario.....	383
Capítulo 29. Último encuentro con Raziel.....	393
 .....	
Capítulo 30. Dejando Noia.....	398
Capítulo 31. La boda.....	404
Nota del autor.....	408
Textos consultados.....	409



## PARTE I LA REVELACIÓN







## Capítulo 1



UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID  
Octubre de 1999

Aquella espléndida mañana otoñal, un alegre desenfado reinaba en el amplio vestíbulo de la Facultad de Derecho. Los estudiantes esperaban con renovadas energías el comienzo de un nuevo curso, y la euforia crecía en el ambiente cada vez que un antiguo alumno cruzaba las puertas del recinto.

— ¡Lorenzo... Lorenzo!

Con la mirada, un joven de buena estatura, buscaba la procedencia de las voces que coreaban su nombre, y al descubrir las sonrientes caras de tres chicas que no cesaban de mover los brazos, las sonrió, y se fue abriendo camino hacia ellas.

Al llegar, no sin notable esfuerzo, las tres jóvenes le rodearon, agarrándole de los brazos con verdadero entusiasmo, provocando en Lorenzo una alegre y sonora carcajada, y así, sin dejar de reír, exclamó:

— ¡Eh, cuidado! ¡Me vais a romper la chaqueta!

Sin embargo, era fácil deducir por su gesto que, en aquel momento, para él, la supervivencia de su chaqueta carecía de toda importancia. Ser recibido con tanta demostración de cariño ganaba con creces a un posible desgarrar en su bonita prenda.

Lorenzo era un muchacho de grandes y expresivos ojos pardos, enmarcados por unas espesas pero bien trazadas cejas que le conferían un aspecto muy masculino. También el cabello, de un color castaño oscuro, muy cuidado y peinado hacia atrás, despejaba su frente, y le hacía parecer mayor de lo que realmente era. Su indiscutible atractivo físico se adornaba con un carácter afable y galante, que le hacía tener gran éxito entre el género femenino.

—Mira, Lorenzo —le dijo una de las chicas, y apartándole un par de metros, extrajo de su bolso un libro con las pastas de un color azul oscuro envejecido— ¿sabes qué es?

—Jorobar, Patri, ¿no me digas que lo has encontrado?

La joven así llamada era una chica más bien bajita, al lado de Lorenzo, pero con un cuerpo muy armonioso, de bonitos contornos, y con un rostro muy agradable que ahora sonreía, complacida ante el evidente asombro de Lorenzo.

—¿Pensabas que no sería capaz?—le respondió ella con un deje de orgullo en la voz—. A mí no se me resiste nada —añadió, lanzándole una envanecida y graciosa mirada.

—Pero si estuvimos un montón de tiempo buscándolo... Anda que no recorrimos librerías. Incluso lo buscó Luis, sin éxito, en Barcelona.

—Ya, pero no buscasteis bien. Mi padre dice siempre que más vale llegar a tiempo que andar rondando un año—. Y diciendo esto, agitó el libro en el aire con un simpático ademán de superioridad.

—Y bien, déjame verlo... —Lorenzo tomó el libro y lo observó con notoria curiosidad. —¿Dónde lo conseguiste? Parece antiguo y...como usado. —Esto último, al decirlo con cierto asomo de desencanto, provocó un notable recelo en Patri que le hizo responder con rapidez:

—¡Y qué más da! El caso es tenerlo ¿no? A ver si por ser antiguo y estar usado vas a ponerle pegas. Además... yo no veo que esté tan mal.

Lorenzo sonreía ahora ante el evidente mosqueo de Patri.

— Claro que no. Parece casi nuevo. Pero dime: ¿quién te lo ha dado?

—Nadie. Lo compré en el rastro.

—¿En el rastro?—Lorenzo la miró incrédulo—. Pero si lo recorrimos varias veces y no lo vimos por ninguna parte... ¿seguro que es éste?

—¿Acaso lo pones en duda? ¿Cuántos libros puede haber con este título?

—Sí... eso es cierto. ¿Y lo has ojeado?

—¡Pues claro que no!— Patri mostraba ahora, con su gesto, sentirse ofendida— Raziél dejó muy claro que no lo abriéramos. ¿Acaso tú lo hubieras hecho?

Lorenzo se vio pillado por la rápida interpelación de Patri, y rápidamente se disculpó.

—Tienes razón. Perdona, no te enfades... hablé sin pensar.

Patri, mostrándose muy digna, sacudió la cabeza e hizo un leve gesto con la mano, queriendo indicar, de esta manera, que aceptaba las excusas de Lorenzo.

—Patri, ¿se lo has dicho a los otros?— Quién así preguntaba era Marta, una joven rubia de bonitos y melancólicos ojos azules, semiocultos tras los cristales de unas gafas de sol.

—No. Bueno, a Sandra sí se lo dije. Coincidimos en un examen de septiembre.

—¿Sólo a ella?—preguntó Lorenzo.

—Sí, a ella... y ahora a vosotros —repuso Patri—¿Por qué lo preguntas? —añadió, un poco extrañada.

Lorenzo comprendió que su pregunta no dejaba de ser pueril, y encogiendo los hombros, exclamó:

—¡Ah!, no sé... tal vez por saber si los demás estaban enterados.

Laura, la otra chica del grupo, observaba mientras con interés el libro que acababa de pasarle Lorenzo. Era una joven alta de bellos ojos entreverados entre azul y verde, y con una boca grande pero bien dibujada, que al sonreír le otorgaba una gran expresividad.

—¡Qué suerte, Patri...! ¡Cuánto me alegro que lo encuentras! —le dijo, y sin dejar de mostrar su amplia sonrisa, se lo devolvió.

Un joven moreno y bastante enjuto, de mediana estatura, con el cabello negro y ensortijado pasaba cerca del grupo. Lorenzo, al verle, hizo una indicación.

—Mirad, es Alberto. ¡Eh, Alberto!

Ante la llamada de Lorenzo, el joven se paró y miró hacia ellos. Alzó su mano derecha en señal de saludo, y se fue acercando con dificultad.

—Vaya, vaya, vaya... todos juntitos de nuevo —dijo al llegar, con algo de soniquete en la voz—. Menudo jaleo hay monta-

do... —añadió, echando un vistazo en derredor.

—Ya ves. Esto es de locura... cada año somos más. Pero dime: ¿Has visto a Sandra y a Luis?

Bien no acababa Patri de preguntar, cuando una sonora exclamación, acompañada de un bamboleo exagerado de brazos, anunció la llegada de Sandra, que a empujones se iba acercando.

Sandra era una chica regordeta, vivaz y muy elocuente que destacaba en medio de todos ellos por su peculiar manera de hacer las cosas. El resto, menos Alberto que la observaba con semblante serio, celebraba su llegada con evidente entusiasmo. Sandra, entre risas, no paraba de hablar. Fue Alberto quien la frenó de golpe, sin ningún miramiento.

—¿Eh, eh..? Ya está bien ¿no, tía? Jorobar, ¡no paras...!, ¡ni que te dieran cuerda!

—¡Eres un grosero! Además, no estoy hablando contigo—le respondió ella picada en su amor propio.

—Pero... si es verdad. Siempre haces lo mismo. Bla, bla, bla... pero tú no dejas hablar a nadie.

La ironía con que Alberto puntualizó estas últimas palabras, hicieron que Sandra le dirigiera una mirada que presagiaba tormenta.

Lorenzo, intuyendo lo que se avecinaba, intervino con rapidez.

—Bueno, dejadlo ya..., y vayamos para dentro, que somos de los últimos —dicho esto, y pasando el brazo por encima del hombro de Alberto, echó a andar seguido de los demás.

Un muchacho de largos cabellos rubicundos, bastante alborotados, y aspecto aniñado se aproximaba corriendo. Alcanzó a Sandra que, algo rezagada, iba cabizbaja y pensativa.

—¡Hola, Sandrita...! —saludó jadeante, sacudiendo la cabeza y apartando así varias hebras de cabello dorado que le cubrían los ojos—, no veas lo que he corrido... perdí el autobús... pero... ¿qué te pasa?

—Te lo digo de verdad, Luis, Alberto me tiene muy harta. Tenías que ver cómo se ha puesto conmigo hace un momento. Siempre está en mi contra. ¡No sé qué porras le he hecho!

Sandra seguía mostrándose contrariada por la actitud de Alberto, y Luis, conocedor del rollo que se traían, intentaba rebajar su mal humor.

—No le hagas caso, ya sabes cómo es. En el fondo te aprecia y no lo hace para causar daño. Todos conocemos su carácter: huraño y amigo de pocas bromas, pero es un buen chico y se puede contar con él. Además es un empollón. Acuérdate el curso pasado, si no llega a ser por sus apuntes, más de una materia nos hubiera quedado colgando. Olvídalo ya y no le des más importancia.

—Si yo no digo que sea mal chico, pero la tiene tomada conmigo. A vosotros nunca os dice nada y cuando habláis os respeta, sin importarles lo que digáis; pero yo... en cuanto abro la boca, ya me la manda cerrar. Tiene un carácter insoportable.

Luis, sonriendo, dirigió a Sandra una tierna mirada.

—Vamos, Sandra... que nos conocemos. —Le dijo en tono socarrón.

—Está bien, reconozco que a veces hablo demasiado, pero él no tiene derecho a mandarme callar y menos de manera tan desagradable.

—Me dijiste por teléfono que Patri encontró el libro ¿no? — Luis decidió cambiar de tema viendo lo infructuoso de su intento.

—Sí, me lo comentó el mes pasado, cuando nos vimos en el examen. Según me ha dicho Marta, lo ha traído con ella. Luego lo vemos. Tiene gracia...

—¿Por qué? —preguntó Luis, mirándola de reojo.

—Acuérdate... Patri siempre dudó que ese libro existiera; por ese motivo se negó a hacer pesquisas y, mucho menos, a buscarlo por ahí.

Luis se encogió de hombros.

—Bueno, yo reconozco que al principio me tiré bastante tiempo buscándolo, pero luego empecé a preguntarme si realmente existiría. Y no me extraña que, en el fondo, todos acabáramos pensando lo mismo.

—Es posible —apuntó Sandra— aunque ninguno lo confesáramos, salvo Patri, claro está, por eso resulta paradójico que sea ella quien lo haya encontrado.

Luis la miró, y sonriendo la agarró del brazo.

—Y qué más da... Lo importante es que ahora ya lo tenemos. Y no me niegues que estás deseando leerlo, ¡picarona! —y dándole un empujón, que la hizo trastabillar, escapó de la mano de Sandra que, con ánimo de darle, la había levantado con rapidez. Luis reía con ganas, corriendo por los pasillos, regateando los embustes de una Sandra que ahora reía abiertamente, sin atisbo alguno de su enfado anterior.

Y así, riendo ambos, en un manifiesto plan de camaradería, entraron en el aula.

## Capítulo 2



### LA REUNIÓN

En el espacioso salón del piso de Patri reinaba una momentánea quietud. Los siete amigos que lo ocupaban se mantenían callados mientras encendían un buen número de velas blancas que, esparcidas en varios puntos, iban llenando el espacio de largas y vacilantes sombras.

Laura fue la primera en romper el transitorio silencio.

—A mí esto me parece innecesario. No me gusta. Me da grima.

Patri, que acababa de encender otra vela, miró a Laura con expresión cansina.

—Siempre dices lo mismo.

—Ya, pero yo creo que no es necesario montar tanto circo. Podíamos prender, no sé... tres o cuatro velas y encender la lámpara del fondo.

—Es necesario crear una atmósfera apropiada, ¿verdad chicos?—intervino Lorenzo, a la vez que le guiñaba un ojo a Patri.

Luis se acercaba en ese momento a Laura con una vela encendida frente a su rostro, a la altura de la nariz.

—Soy el espíritu de Iván el Terrible... —dijo con voz gutural, haciendo oscilar la vela a la vez que abría ampliamente los ojos.

Todos rieron la ocurrencia, salvo Laura, que dando un paso atrás, le espetó rabiosa:

—¡Quita! ¡Tú, como mucho, serías el fantasma de Luis el idiota! Y ten cuidado, no te quemes los pelazos de la nariz.

Y así, ahora entre risas y bromas, siguieron encendiendo velas. Una vez prendidas todas las disponibles, los siete se